

Entre la Fantasía y el Telurismo^(*)

Asedio cordial
a la obra de Juan Rulfo

POR
VICTORINO POLO GARCIA

Pocas veces se da el caso de que el escritor de una sola novela sea reconocido como un maestro absoluto. Esto es lo que sucede con Juan Rulfo. Su producción hasta el momento consta de una colección de dieciséis cuentos, *El llano en llamas*, aparecida en 1953, y una novela poco extensa publicada en 1955, y que tras recibir varios títulos se quedó con el definitivo de *Pedro Páramo*. En Rulfo encontramos el caso del escritor poco prolífico y, por contrapunto, extremadamente cuidadoso; ha suscitado admiración general y las más elogiosas críticas. Hoy no se puede hablar de literatura mejicana, ni siquiera de literatura hispanoamericana, y aun de literatura universal, sin contar con la obra de Juan Rulfo.

Este autor constituye la más auténtica representación de lo que es la tierra, el hombre y la literatura mejicana. Constantes en su obra son la violencia, la muerte, el paisaje y el tiempo. La violencia mejicana es una carga trágica que tuvo que soportar desde su infancia. Nacido en 1918, vivió el final de la Revolución con las guerras de los cristeros (a las que debe la muerte de su padre y la ruina de su familia), y vivió sobre todo los resultados de la Revolución, entre los que se le presentan como más patentes la injusticia y la pobreza. Pesa sobre él su tierra natal, Jalisco, donde la dureza y la sequedad configura a la vez el paisaje y los hombres. Rulfo nació en Sayula y se crió en San Gabriel. Estos pueblos y otros de sonoros nombres —Zapotitlán, Tolimá, Tonaya, Cachahuatlán, Luvina, Talpa...— constituyen el marco geográfico de sus narraciones. Sus habi-

(*) Las páginas que siguen son el resultado de un Seminario llevado a cabo el curso académico 1975-76, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Murcia. Mis alumnos han partido en su redacción tanto o más que yo. De ahí el reconocimiento al trabajo colectivo. De ahí, también, las diversas tonalidades del discurso, imputables a las distintas huellas de sus múltiples autores, huellas escrupulosamente respetadas.

tantes son resignados, taciturnos, herméticos y desconfiados. “Los vivos están rodeados por los muertos”, dice el novelista en expresiva frase. Los muertos de su tierra —y de su propia familia— le persiguen y se plasman en su obra.

El mundo de Rulfo está integrado por paisaje, pobreza y muerte; sus personajes son humildes campesinos. El sufre por la situación de injusticia social en que viven; sufre porque la Revolución no ha tenido resultado; sufre porque el Gobierno es un enemigo del pueblo, que nunca está dispuesto a ayudar y siempre a castigar: “El señor ese —el Gobierno— sólo se acuerda de ellos cuando algunos de sus muchachos ha hecho alguna fechoría acá abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan”, dice en *Luvina*.

Otra característica notable en Rulfo es su profundo telurismo. Hombre y tierra son una misma cosa. Sus paisajes, sus ambientes y sus personajes tienen, como ya hemos visto, las mismas características; la identificación es absoluta en *Pedro Páramo* entre el cacique y el pueblo de Comala. Hombre y pueblo alcanzan juntos su plenitud, siendo ambos Pedro Páramo (piedra del desierto), y mueren juntos, transformándose en fantasmas; lo que Juan preciado encuentra es el fantasma de un pueblo, que viene a ser, en último término, el fantasma de Pedro Páramo. La condición de escritor telúrico de Rulfo es patente en muchos de sus relatos.

Algunas de las afirmaciones que hasta aquí hemos sostenido podrían inducir a la conclusión errónea de que Rulfo puede ser clasificado entre los escritores criollistas —sus personajes son generalmente seres desheredados, indios y campesinos pobres— o entre los escritores de la post-revolución, desengañado por el fracaso de la Revolución que ha conducido a la pobreza, a un sistema social injusto y a un Gobierno al que no preocupan los intereses del pueblo. Sin que esto sea totalmente falso, dista mucho de ser exacto. Es sólo una visión muy parcial de la obra de Rulfo. El trata los problemas de su tierra y sus hombres de un modo que les da categoría universal. Lo que destaca en su obra como telón de fondo es algo tan universal, como el dolor humano. Coloca a sus personajes en situaciones vitales a la vez elementales y profundas. Nos muestra al hombre ante la muerte, la soledad, el amor, la persecución, la venganza, el mundo hostil... Las estampas mejicanas, por las que cruza alguna vez el huracán revolucionario, cobran así una dimensión existencial. El protagonista de uno de sus cuentos, un pobre campesino perseguido, se llama sólo *el hombre* igual que su perseguidor. Este valor simbólico general se percibe muy claramente en el tema del llano desnudo y duro en el que el hombre perdido no halla cobijo.

Rulfo comenzó como escritor más bien realista en sus cuentos. Sus personajes son verdaderos seres de carne y hueso, que se mantienen, sin perder la resignación, en constante lucha contra el hostil ambiente, contra sus semejantes o contra las fuerzas sociales que los amenazan; a la vez llevan auestas su propio mundo interior poblado de misterio, de ensueños, de ilusiones, de nostalgias. Los escenarios en que se mueven, casi siempre rurales o de aldea, reflejan este aire de misterio, de irrealidad fantasmal. A veces —*Macario*, *Acuérdate*, *Nos han dado la tierra*— la historia se desarrolla en algún lugar innominado, con lo que se potencia el elemento mágico. El resultado es lo que suele llamarse, con expresión algo equívoca, *realismo mágico*.

Algo de esto se vislumbra en los relatos de *El llamo en llamas*, pero se dispara desenfrenadamente en *Pedro Páramo*, con la presencia de los fantasmas en el centro mismo de la novela, constituida en buena parte por *diálogos de muertos*, en los que el lector español no puede evitar el evocar la ascendencia quevedesca. La mezcla de realidad y fantasía confiere a la novela mayor significación y profundidad. Pero hay que resaltar que no se trata de una fantasía *fantástica*, si cabe la expresión, sino de una fantasía que camina por los senderos de la realidad. Cuando los muertos hablan es la misma realidad la que habla, y el novelista no hubiese resultado más convincente de servirse exclusivamente de técnicas y cánones más tradicionales, más verosímiles.

Tan importante como el paisaje en los cuentos de Rulfo lo es el tiempo. En general los hechos no suceden cuando se narran. El narrador los está recordando; por eso se repiten las frases *me acuerdo que, me acuerdo cuando, te acuerdas,...* incluso un cuento se titula *Acuérdate*. Eso determina los saltos en el tiempo adelante y atrás, pues cuando recordamos rara vez seguimos un hilo cronológico sucesivo. La historia se desarrolla generalmente en un lapso limitado de tiempo, lo que contribuye a dar mayor intensidad al relato.

El problema del tiempo también está presente en la novela, pero hay que examinarlo desde otra perspectiva. En ella podríamos decir que no hay tiempo, o lo que es lo mismo, que el tiempo está eternizado. Eso nos concede una especie de visión divina: todo el tiempo está presente y podemos pasear nuestra vista adelante, atrás y hacia los lados; son instantes diseminados sin orden coherente; es el lector, re-creador de la obra, el que va dándoles sentido.

Lo que ante todo distingue a Rulfo de los escritores de la Revolución es la nueva técnica que emplea. Lo más original de él es su estilo. La puesta a punto de ese estilo se realiza en los cuentos, y se basa en una

gran sobriedad expresiva y el lenguaje hablado popular elevado a categoría artística.

Casi siempre da preferencia a la narración en primera persona, siendo el narrador con frecuencia protagonista o testigo ocular de los hechos; este recurso coloca de inmediato al lector en el mundo del personaje. Para dar una visión original de los hechos, a menudo el narrador es una persona de limitada capacidad mental —*Macario*— o de mentalidad primitiva —Esteban de *En la madrugada*— o a quien las condiciones físicas le impiden captar la realidad en su totalidad —el padre en *No oyes ladrar los perros*—. En los cuentos abundan los diálogos —el citado *No oyes ladrar los perros*— y el monólogo interior —*Macario*—. Las descripciones son breves, no por ello poco importantes —*Luvina*—, de metáforas concentradas. El ambiente no se describe sino que emana de las sensaciones emitidas por los personajes; se nos da a través de la peculiar visión del mundo de los personajes, con lo que se cierra el ciclo de interinfluencias hombre-tierra. Un recurso que se repite con frecuencia es el que consiste en fingir que un personaje cuenta la historia a otro que se limita a escuchar y cuya presencia el lector debe intuir.

En cuanto a la estructura de los cuentos podríamos decir que es la opuesta a la del cuento policial. Rulfo no juega con el lector a la manera de Borges; no lo distrae del asunto principal con indicios falsos que aumenten el interés; pero tampoco es posible decir que el resultado es siempre claro: a veces da pie a todo un abanico de interpretaciones; no de continuaciones, pues sus estructuras no son “abiertas” en el amplio sentido del término. La belleza de los relatos se desprende del modo en que se desarrolla la fábula, del interés que el narrador despierta, de los elementos mágico-realistas que componen los ambientes y de las poderosas emociones que se expresan.

No se limita el autor a los modos tradicionales de narrar, del mismo modo que no permanece dentro de los rígidos límites del realismo costumbrista. Aprovecha todos los recursos narrativos que la gran evolución de la novela contemporánea pone en sus manos; y los utiliza de modo natural, sin efectismos superfluos, poniendo siempre la técnica novelesca al servicio de la emocionada expresión humana.

En la novela Rulfo alcanza una libertad expresiva —expresividad a la manera de Faulkner— mucho mayor. El tema de *Pedro Páramo* es bastante simple: la historia del cacique (en los años que van de Porfirio Díaz a Obregón), de su amor imposible por Susana San Juan, y de su venganza contra Comala a la que destruye con su muerte. No está exenta de cierta

ternura hacia el personaje, que acaba siendo víctima de sí mismo. El personaje de Juan Preciado, tan prometedor al principio, queda como narrador de la primera parte de la historia. Viene a ser un Ulises al revés, un ser en busca de su personalidad a través de la personalidad del padre.

Estructuralmente consta de sesenta y cinco capítulos sugeridos por espacios en blanco. Pero profundizando más aparecen dos partes bien diferenciadas. En la primera el narrador es Juan Preciado; en la segunda el propio autor, que se introduce sin que nos demos cuenta, y es el que todo lo sabe y todo lo ve, poniendo cierto orden en los diálogos de ultratumba.

Rasgo esencial es la mezcla que hace el autor de diferentes planos o puntos de vista. Así en la primera parte se interfieren con la narración en 1.ª persona de Juan Preciado sus recuerdos de niño, las palabras de su madre, los recuerdos de Eduviges, etc. hasta concluir en la muerte de Juan. En la segunda parte se entremezclan la realidad de los sucesos de Comala antes de sucumbir, los recuerdos de Pedro Páramo, la muerte de Susana San Juan, sus recuerdos desde la tumba, etc. La muerte de Miguel Páramo aparece narrada dos veces desde distinta perspectiva, lo que da un toque cubista a la obra. La muerte de Pedro Páramo constituye un modelo de expresividad. Le da muerte el mismo arriero que apareció al principio de la novela, con lo que el mundo de fantasmas queda cerrado sobre sí mismo.

* * *

Dentro del mundo narrativo de Juan Rulfo ocupa una parcela importante el aspecto referente a las estructuras sociales y políticas mexicanas. La vida del atormentado habitante del Llano, con su tremenda carga pasional nos deja entrever, de la mano maestra de Rulfo, unos determinados usos sociales y costumbres, un específico "modus vivendi" que nos permite extraer no pocas consecuencias.

Tanto en la novela *Pedro Páramo* como en la colección de cuentos del *Llano en llamas*, los personajes participan todos de un constitutivo, de unas connotaciones comunes: palpita en la obra de nuestro autor un profundo apego, una dura servidumbre a la tierra. En la novela, los personajes viven como envueltos en una vaporosa neblina poética, en torno a Comala. En cambio, en la colección de cuentos, es el duro y áspero llano, el *Llano Grande* el que subyuga y determina con verdadera fuerza de personaje. Apreciamos, pues, un factor importante que condicionará poderosamente al llanero mexicano: su propio marco geográfico.

El caluroso y reseco ambiente mexicano que se nos describe deja su impronta en los personajes, les da ese aire indolente y anodino que preside la vida de muchos seres; es una misteriosa fuerza dominante que mata las ilusiones y sume al hombre en una especie de sopor maldito del que nunca podrá despertar. Por ello, podemos decir que la fatalidad domina las relaciones sociales del universo rulfiano. La falta de ambiciones, de lícitos deseos obstaculizan el normal desarrollo y evolución de la vida de unos hombres. Pero Rulfo no expone crudamente los problemas que, en este sentido, han paralizado a los desdichados seres de su obra; su labor consiste en presentarnos la realidad vital por boca de sus protagonistas. En ningún momento se oye la voz del omnisciente narrador que pide clemencia por alguna injusticia sino que es la propia injusticia la que aflora del relato, es el espejo de la realidad lo que se nos muestra.

Rulfo plantea el tema de las relaciones sociales desde un plano dominante: el binomio patrón-peón. De un lado queda el siervo oprimido y avasallado que es incapaz de plantearse si la tiranía de que es objeto es lícita o no; de otro, el omnipotente señor que ni siquiera se esfuerza en considerar humanamente a sus inferiores. Esta es la raíz o médula de la **exposición rulfiana del problema social, laboral, diríamos mejor.**

Pedro Páramo significa la opresión sobre las mujeres y la inhumanidad con respecto a los hombres. Y tanto unos como otros son incapaces de rebelarse. Unicamente reniegan a sus espaldas, critican sus más aireados defectos, pero nunca pasan a la acción. Todo es inútil bajo el justiciero sol mexicano.

El protagonista de la novela, Pedro Páramo, es el tipo perfecto del tirano sin escrúpulos, del magno terrateniente que no se para por nada ni ante nadie. Pero el presunto vengador de la honra de su madre —una de tantas pisoteadas por el amo— se diluye mágicamente en el trasmundo de la aldea de Comala, en las tierras y hombres y mujeres que se hallan prendidos en su ser como un terrible mundo de fantasmas crueles.

Pero, a pesar de todo, las mujeres —completamente difuminadas y siempre en segundo plano en la obra del autor— arden en deseos de ocupar su atención.

Es curioso notar cómo en otra obra sudamericana de gran fama —*El otoño del patriarca*— se establece un tipo similar de relaciones opresivas. Algo así como el todopoderoso cacique de García Márquez vendría a ser el Pedro Páramo de Rulfo. Ni que decir tiene que no existe ningún indicio de lucha de clases en esta última novela. El peso ambiental que abrumba a sus protagonistas es tan enorme que les hace imposible toda posibilidad de cambio.

Por el contrario, en los cuentos, sí que notamos un profundo cambio. En el cuento *En la madrugada* el viejo Esteban elimina al poderoso don Justo Brambila. Ya tenemos un esquema distinto: el aniquilamiento del opresor se ha consumado. Este aspecto constituye como una especie de puerta abierta que deja Rulfo para que la total angustia vital, el cruel abandono a la suerte se haga más llevadero. Pero este es un caso aparte dentro del ritmo general de las narraciones, por lo general presididas por la dominación de unos elementos sobre otros.

No parece sino que Rulfo, al describirnos su mundo imaginativo tan peculiar, nos pusiera los medios para determinar cuáles serían las soluciones. Por la vía negativa, contándonos la ruina y miseria humanas, obtendríamos el modelo a seguir.

En el fondo, el mundo de la narrativa rulfiana es una profunda y desconsoladora soledad; soledad del hombre con el hombre mismo, con sus más abyectas pasiones, con sus mezquindades. La violencia, la desventura, la ignorancia, la abulia se encarnan y dan poderoso aliento humano y patético a la vez a estos atormetnados seres.

Macario nos muestra hasta dónde puede llegar la infelicidad y la ruina humanas en el seno de una familia. Todo parece visto desde la perspectiva de un prisma deformador, esperpéntico; y sin embargo son personajes con vida los que nos cuentan sus desdichas; pero por todos lados sigue percibiéndose la fatal ligadura que atenaza al hombre determinando sus actos.

No obstante tales servidumbres, la lucha por la subsistencia es terrible. Buena muestra se nos da en el cuento titulado *¡Diles que no me maten!* Juvencio no se excusa por la muerte de don Guadalupe Terreros y se agarra a las últimas tablas de salvación cuando su fin se acerca de la mano de la cruel venganza que le han preparado.

Los ataques al gobierno se agudizan en el cuento titulado *Nos han dado la tierra*. La condena de la injusticia que el gobierno hace a unos pobres trabajadores está muy patente. Quizá la única ilusión de estos hombres sea el encontrar una tierra agradecida que les sepa recompensar justamente sus trabajos. Cuando parece que ya lo han conseguido, es el gobierno que *no tiene madre* el que les priva de ella.

Los ataques al gobierno en la obra de Rulfo no son tan duros como los de otros relatos y novelas de la Revolución en general. Pensemos en *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, o en *Los de abajo* de Mariano Azuela, obras estas en las que claramente se critica al aparato gubernamental.

ELEMENTOS TELURICOS

La mayor riqueza de la tierra es su diversidad de pueblos y razas y esta diversidad se debe a la riquísima variedad que ella misma posee en cuanto a clima, geografía, y demás fenómenos que hacen que cada pueblo tenga una idiosincrasia particular, fruto a su vez de ciertos caracteres geofísicos que posea aquella zona terrestre de donde procede una determinada civilización.

Hijo de la misma tierra donde enclava sus narraciones, Juan Rulfo presenta una imagen, en cierto modo, desolada y pesimista de aquello que fue su cuna. En un marco histórico algo enturbiado por las secuelas de la todavía no lejana revolución, Rulfo parece sentirse decepcionado por los sucesos acaecidos y por la situación de miseria en que se encuentra el país en esos momentos. Testigo presencial durante su infancia de algunas revueltas y luchas como la de los *cristeros*, parece que hayan permanecido en su recuerdo como llama latente, que en un futuro haría vibrar de un modo más inquietante en las páginas de sus relatos.

Podríamos afirmar que Juan Rulfo nos ofrece una visión oscura o negativa de su pueblo, pasada quizá por el prisma óptico del hombre desengañado donde la revolución ha dejado una herida sangrante.

Nos encontramos frente a frente con el corazón del pueblo mexicano, con su historia, sus gentes..., la vida, en suma, de unos hombres que luchan denodadamente por una existencia que, en muchas ocasiones, las circunstancias, la vida, o su propio destino parecen quererle negar de un modo absoluto. Es, pues, el mundo de unos hombres ataviados con el peso de sus antiguas tradiciones y costumbres, que en muchas ocasiones les oprimen de un modo tal que les impide el desarrollo de su propia vida.

A menudo aparecen en las páginas de *Pedro Páramo* o en *El Llano en llamas* esas notas delatorias de las costumbres de un pueblo primitivo donde los hombres son presos de su propio destino, de su atavismo ancestral, por lo que se desenvuelven en un mundo ficticio cargado de temores donde la superstición, la brujería, el primitivismo... son los reinantes dominadores. Es la mentalidad estrecha y limitada de un pueblo que se encuentra en estado intrauterino, que necesita todavía que se sucedan muchas generaciones para que su estado evolucione y sea capaz de desprenderse de la pesada carga que le oprime.

Es frecuente que los hombres vivan en medio de la superstición practicando una religión que raya en la beatería, donde las mujeres pasan la mayor parte de su vida rezando, pero no por devoción, sino por una espe-

cie de inercia o falso temor que los domina, que los hace que tengan que llenar su vida de algún modo con estas apariencias. Es un falso sentido de la religión, una pseudoreligiosidad, podríamos decir, ya que todo lo que se hace como lo que no se hace obedece a una total falsedad. A propósito de esto me parece muy interesante la narración *Anacleto Morones* porque es muy curioso conocer el proceso de cómo un hombre desalmado, un sinvergüenza total, puede llegar a ser considerado como santo e incluso intentar canonizarlo, siendo los principales interesados en ello gentes que sin saberlo fueron víctimas de sus engaños.

Sin embargo y a propósito de la falsa fe ligiosidad de que hablábamos antes es muy curioso un pasaje en el que la hipocresía de unas beatas adquiere un tono descarado

—Oye, Francisca, ora que se fueron todas, ¿te vas a quedar a dormir conmigo, verdda?

—Ni lo mande Dios. ¿Qué pensaría la gente? Yo lo que quiero es convencerte.

—Pues vámanos convenciendo los dos. Al cabo qué pierdes. Ya estás revieja, como para que nadie se ocupe de ti, ni te haga el favor.

—Pero luego vienen los dichos de la gente. Luego pensarán mal.

—Que piensen lo que quieran. Qué más da. De todos modos Pancha te llamas.

—Bueno, me quedaré contigo; pero nomás hasta que amanezca. Y eso si me prometes que llegaremos juntos a Amula, para yo decirles que me pasé la noche ruéguete y ruéguete. Si no, ¿cómo le hago?”.

Relacionado con la superstición es también frecuente que a todo suceso desdichado que ocurre se le busque una causa que lo justifique, ya sea la maldición recaída sobre una familia o un castigo de Dios como en este caso

“Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala... Todos fueron por el estilo... Ella no se acuerda. Le da vuelta a todos sus recuerdos y no ve claro donde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre”

Muy significativo es ver a qué límites insospechados llega el primitivismo religioso que no excluye ni a los propios curas, que incluso llegan a negar la bendición y el perdón a los fieles que según ellos no han muerto en gracia

“—¡Padre, queremos que nos lo bendiga!
—¡No! —dijo moviendo negativamente la cabeza—. No lo haré. Fue un mal hombre y no entrará al Reino de los Cielos. Dios me tomará a mal que interceda por él”

Después de estas líneas es obvio decir que en esta religión “a medida” no cabe el amor al prójimo ni el perdón a los enemigos.

Consecuencia lógica del precario desarrollo que padecen estas gentes y de la soledad oprimiente que les embarga, es el modo de vida en que se encuentran algunos de ellos, llegando a límites insospechados como el de la convivencia entre tío y sobrina: “Si el señor cura autorizara esto, yo me casaría con ella;... Dirá que es un incesto y nos excomulgará a los dos” (pág. 164); o por el contrario la vida marital que practican dos hermanos, aunque bien pudiera ser la soledad material y espiritual lo que les induce a cometer semejantes barbaridades, que, sin embargo, no lo son tanto para los que las sufren debido a su aislamiento y al estado casi primitivo en que se encuentran.

El paralizado desarrollo de los lugares que nos presenta Juan Rulfo podría ser la resultante de unas costumbres que datan de un ancestro inmemorial. Es frecuente que surjan apariciones de personas que murieron mucho tiempo atrás; incluso se habla de momentos en que los espectros vagan por las calles en deambular desesperado, o por el contrario la aparición de ánimas en continuo penar porque su alma se halla en el infierno. No es raro entremezclar a los muertos en la vida de los vivos y que en ocasiones conversen unos y otros; como igualmente sucede que se guarde un recuerdo tal para los muertos que incluso se vive con su recuerdo latente y se actúa como si permanecieran aun con vida. Relatos maravillosos que de un modo inigualable se desprenden de la pluma de Rulfo presentándonos con ello la vivencia de un mundo y unas gentes, su mundo y sus gentes en ese estado lamentable y fantástico de los pueblos primitivos que aun no han sido presas de la civilización. Hombres que no sólo viven su época, sino que poseen una especie de resorte mágico que les permite viajar como en un túnel del tiempo y revivir en su actualidad sucesos lejanos en el tiempo o en el lugar

“—Mi madre —dije—, mi madre ya murió.

—Entonces ésa fue la causa de que su voz se oyera tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí. Ahora lo entiendo. ¿Y cuánto hace que murió?
—Hace ya siete días”

Una idea central que preside la obra de Juan Rulfo es el estado de aislamiento no sólo físico, dada la situación y la incomunicación que existe entre estos dos pueblos, sino también, moral, que se dá en los habitantes de esta zona árida de México. En muchas ocasiones esta soledad se adueña de la situación y de los personajes siendo la causante de los estados de apatía, de hastío o simplemente de inercia que hace que los hombres que la sufren se acerquen más a un estado animal o vegetativo

“—¿Qué haces aquí, Agripina?
—Entré a rezar —nos dijo.
—¿Para qué? —le pregunté yo.
—Y ella se alzó de hombros.
—Allí no había a quien rebarle. Era un jalcón vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como por un cedazo...
—Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.
—¿Qué país es éste, Agripina?
—Y ella volvió a alzarse de hombros”

En otras ocasiones, el desamparo que sufren los hombres les produce una lucha interior verdaderamente inquietante, como sucede en *No oyes ladrar los perros*, en donde Rulfo despliega su singular arte narrativo en un maravilloso duelo espiritual entre un padre que siente como tal y, sobre todo en memoria de su mujer, la obligación moral de ayudar a su hijo, un criminal que se encuentra herido a consecuencia de sus propias faltas. En beneficio de su hijo este padre es capaz de agotar hasta las últimas fuerzas que le pueda proporcionar su cuerpo desgastado por los años. Todo por intentar salvar la vida de ese hijo que, por el contrario, no merecería más que la recriminación y el despecho de su padre. De una gran expresividad y sentimiento es esta frase final con que el padre se dirige a su hijo

“—¿Y tú no lo oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste siquiera con esta esperanza”.

Hay ocasiones en que esta especie de inseguridad, de lucha interior, debido a las convicciones personales que se pueden sentir y las presiones que se reciben del exterior, llega a su punto álgido cuando se trata de cuestiones religiosas, o más aún, como en este caso, cuando es un sacerdote precisamente el que se encuentra en una situación por sí misma angustio-

sa: por un lado, las presiones exteriores de un padre que intenta comprar el perdón para su hijo recientemente fallecido; y de otra parte, la limitada mentalidad de un cura lleno de prejuicios y rencores internos contra aquel que acaba de morir. Realmente son conmovedores los momentos de lucha, de debate consigo mismo de este padre Rentería. El odio, el rencor, los sentimientos en suma, que como hombre pueda experimentar, superan con mucho a aquellos otros que debería sentir dada su condición de sacerdote; sin embargo se encuentra vencido por sí mismo al ceder frente a su deber de religioso

“El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar.

—Son tuyas —dijo—. El puede comprar la salvación. Tú sabes si este es el precio... Por mí condénalo, Señor.

Y cerró el sagrario.

Entró en la sacristía, se echó en un rincón, y allí lloró de pena y de tristeza, hasta agotar sus lágrimas.

—Está bien, Señor, tú ganas —dijo después—”.

Algo que sucede con frecuencia en este tipo de poblados aislados, de escasos medios y pocos habitantes, es que el poderío se concentra en manos de un solo hombre que se convierte en el cacique o dueño, por así decirlo, de tal manera que tiene a todo el pueblo bajo su dominio; las leyes las establece él mismo, actúa en todo y por todo según sus propias conveniencias e incluso se cree en el perfecto derecho de adueñarse de la propiedad o de la vida ajena, si fuera necesario, no reparando jamás en los daños que pueda ocasionar a unas pobres gentes indefensas que se encuentran dominadas y cuyo único recurso es someterse a la ley del más fuerte

“—El hizo bien sus mediciones. A mí me consta.

—Pues dile que se equivocó. Que estuvo mal calculado. Derrumba los lienzos si es preciso.

—¿Y las leyes?

—¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros”.

Quizá sean las condiciones geofísicas de estas tierras mexicanas las que provoquen toda esta serie de situaciones y circunstancias imprimiendo en la conciencia de los hombres una huella imborrable. Quizá la tierra con su aridez, con su insultante desolación, que parece dispuesta a despedir a todo huésped que intente ocuparla, sea la que marque esa especie de soledad y de desgracia en la vida de estos hombres que parecen estar determinados desde antes de su nacimiento, como por una fuerza superior a ellos que los mantiene presos de su propio destino. Es como si la dureza de

la misma tierra hubiera traspasado sus conciencias y ellos mismos se hubieran endurecido hasta lo más hondo de su ser para lograr de este modo una especie de autodefensa, haciéndose ya impermeables ante una vida y una tierra que los maltrataba despiadadamente.

Ante tal serie de circunstancias se produce una especie de aislamiento de los hombres entre sí, como si cada uno por sí mismo intentara huir de un destino que le persigue, olvidándose por completo del mundo que le rodea y de que hay otros seres iguales a él que pueden así mismo sufrir idénticas preocupaciones. En estas tierras el hombre se encuentra aislado, está acostumbrado a la soledad, quizá porque se ha visto desde su nacimiento obligado a ella, hasta olvidarse absolutamente de sus semejantes, para vivir en todo momento esclavo de sus propias necesidades

“—Se ha muerto doña Susana...

Comenzó a llegar gente de otros rumbos, atraída por el constante repique. De Contla venían como en peregrinación. Y aún de más lejos. Quién sabe de dónde, pero llegó un circo... Y así poco a poco la cosa se convirtió en una fiesta...

No hubo manera de hacerles comprender que se trataba de un duelo, de días de duelo”.

Sin embargo las inhóspitas condiciones de las tierras que habitan hacen que esta soledad no sólo se sienta en el alma de los hombres que la sufren, sino también en los pueblos, de los que huyen sus moradores buscando otros horizontes u otros medios donde la lucha por la vida no les sea tan penosa

“Sin embargo, de aquellos días a esta parte, la Cuesta de las Comadres se había ido deshabitando. De tiempo en tiempo, alguien se iba; atravesaba el guardaganado donde está el palo alto, y desaparecía entre los encinos y no volvía a aparecer ya nunca. Se iban, eso era todo”.

La pobreza es en estas poblaciones como una máxima, algo de lo que no pueden desasirse y que todos poseen. La gente no tiene medios de vida porque la tierra no se los proporciona, por el contrario, lo único que puede darles es desgracia y miserias. Es conmovedor el pensamiento que se sucede en las primeras líneas de *Es que somos muy pobres* a propósito no sólo de la ingratitud, sino de todo el conjunto de circunstancias adversas que se interponen en la vida de los hombres

“AQUI TODO VA DE MAL EN PEOR. La semana pasada se murió mi tía Jacitna, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nun-

ca... Lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estar-nos arrimados debajo del tejabán viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada amarilla tan recién cortada”

No menos inquietante y de un gran realismo es otra descripción de Luvina

“...Sí, llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además, de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras,... como si allí hasta a la tierra le hubieran crecido espinas. Como si así fuera”.

Es el carácter huraño y agrio de sus moradores como una herencia de esa tierra en que viven, como si de manera atroz se hubiera producido una terrible adecuación entre hombre y tierra. Fehaciente muestra de ello, de mayor expresividad que cualquier comentario son estas líneas de *Pedro Páramo*

“—Son ácidas, padre... Vivimos en una tierra en que todo se dá gracias a la Providencia; pero todo se dá con acidez. Estamos condeandos a eso.

—Tiene usted razón, señor cura. Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces”.

Sin embargo frente a este cúmulo de condiciones adversas para la vida de los hombres en general, merece especial atención la mujer en sí misma. Relegada a un plano muy inferior respecto al hombre, se mantiene como aislada. Desde su infancia ha de esperar a que llegue un hombre bueno que se case con ella para ser, aún en el mejor sentido de la palabra, como su esclava. La mujer se halla, pues, totalmente desamparada y carece absolutamente de medios para poder subsistir de una manera honrada; esto hace que muchas de ellas se vean obligadas a enfrentarse con la vira, desde muy jóvenes, del único modo que saben hacerlo y la naturaleza y sus propias ansias les han dictado.

“Por eso le entra la mortificación a mi papá, ahora por la Tacha, que no quiere vaya a resultar como sus otras dos hermanas, al sentir que se quedó muy pobre viendo la falta de su vaca... Con la vaca era distinto, pues no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita”.

A través de la deliciosa sencillez narrativa de Juan Rulfo, hemos conocido una pequeña parte de la vida de estos pueblos mexicanos, sus inquietudes, sus problemas, sobre todo el carácter y la tierra de esta porción de llanura hispanoamericana donde las condiciones físicas y geográficas del terreno parecen ser las determinantes en la vida más o menos angustiosa de unos hombres.

FANTASIA Y REALIDAD

En cualquier obra literaria se entremezcla la creación con elementos tomados de la vida real, pero al variar la cantidad y la calidad de estos ingredientes el resultado es muy distinto.

En todo caso las fuentes en las que se basa el autor son el mundo circundante o el mundo interior, en el que cabe la capacidad creativa de éste y su propia imaginación. Pero aun en el caso de que los personajes sean reales, es decir, que existan tal como son descritos, independientemente del hecho literario, son tan imaginarios como los personajes de ficción para un lector que no los conoce. Así puede ocurrir con personajes históricos, pero que vivieron hace siglos.

El mismo texto, ya sea una simple carta o una novela, puede tener un doble sentido —real o imaginario— según el lector al que vaya destinado.

Habría que distinguir entre la realidad de lo descrito en una obra literaria y su verosimilitud, ya que el autor siempre da testimonio de su realidad, sea interior o la del mundo circundante.

A partir del nuevo realismo, posibilitado por la ciencia, la función del escritor queda más reducida al mundo imaginativo, creativo del propio escritor, del que da testimonio filtrando el mundo a través de su mundo.

La realidad no descansa en un razonamiento lógico, sino en una vivencia inmediata, en una experiencia de la voluntad. Si esta experiencia es desfavorable se desarrolla la fantasía, tendiendo a la creación de un mundo interior y convirtiéndose éste en el único real. Por tanto es muy difícil deslindar lo real del mundo de la fantasía, en el autor y en el mismo lector. Ambos planos se entrecruzan en la vida de toda persona.

Cabe preguntarse, por tanto, ¿qué es lo real? A veces la realidad supera lo imaginado, ciertamente la realidad no acaba en el precio de los tomates, como dice G. García Márquez.

Sin embargo y teniendo todo esto en cuenta se puede afirmar que parte de la obra de Juan Rulfo excede la experiencia vital de la mayoría de los seres.

EL LLANO EN LLAMAS

En casi todos los cuentos de J. Rulfo la fantasía se reduce a la creación de unos personajes reales, vivos en su palpitante humanidad literaria.

Los personajes están en estrecha interdependencia con la Naturaleza, una Naturaleza con vida propia, que se fusiona con los seres que allí viven, provocando en el lector una descarga emocional más eficaz (1).

La descripción de este conjunto es de tono naturalista, concisa, sin vacilación, pero no por ello ausente de imágenes con gran carga lírica, en las que la realidad se convierte en una realidad poética.

Con la sobriedad propia del género, sin complacerse en ello pero tampoco omitiéndolo, nos describe también la realidad más desagradable.

La verosimilitud de estos relatos hace que se ajusten a la naturaleza del narrador, resultando así deshilvanado debido a la vejez del protagonista *El día del derrumbe*, inocente en *Macario*, etc.

La objetividad de J. Rulfo llega en algunos casos a dejar al lector en la incertidumbre, pudiendo completar éste por su parte la historia (2).

Al revés de lo que sucede en *Pedro Páramo*, lo sobrenatural está casi ausente de los cuentos. No obstante en *Talpa* el peso del remordimiento hace que Natalia crea ver la imagen de su marido después de muerto (3). También es el remordimiento y el miedo lo que pesa en *El hombre* (4).

No obstante en algunos cuentos existe un fondo fantasmagórico, más mitigado que en *Pedro Páramo*. Aunque aparece un paisaje desolado en *Nos han dado la tierra*, donde toma verdadera carta de naturaleza es en *Luvina* (5).

Allí el tiempo se diluye, la fantasía se entremezcla con la realidad. Lo onírico se convierte en algo real. Toman vida seres inanimados, pero que son tan reales o más que los mismos habitantes del pueblo, ya que éstos

(1) Se diría que los seres humanos no se relacionan con la Naturaleza, sino que forman un conjunto con ella: "Por su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella... De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río". "Es que somos muy pobres".

(2) Así sucede en "No oyes ladrar los perros" o "En la madrugada".

(3) "Ella dice que ha sentido la cara de Tanilo estos últimos días". Al revés de lo que sucede en "Pedro Páramo" no se detiene a analizar estas apariciones, ya que el tema central es el remordimiento.

(4) El miedo y el remordimiento son los que explican las "anormalidades" de "El hombre": "No valía la pena echarme ese tercio tan pesado en mi espalda. Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno". "Y volvió la cabeza para ver quién había hablado... "Voy a lo que voy", volvió a decir. Y supo que era él el que hablaba".

(5) El tiempo se convirtió en una eternidad: "Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años...". Como una introducción a la faceta onírica de la narración: "...de aquellas barrancas suben los sueños".

desaparecerán, se convertirán en sombras, mientras que el viento, el sol, la tristeza o el desconsuelo permanecen.

Tras este fondo fantasmagórico se esconde una realidad vital, una experiencia difícil de comprender sin haberla vivido. Así el narrador pregunta: “¿Qué país es éste, Agripina?”.

No nos presenta Rulfo una realidad objetiva, acéptica, sino una vivencia de los habitantes de Luvina, para ellos lo más cercano y real.

Podemos afirmar que J. Rulfo nos da una imagen real de la vida del campesino —ya en paz, ya en guerra— de Jalisco, basándose para ello a veces en la objetividad y en otras ocasiones en el sentimiento de los protagonistas.

PEDRO PARAMO

El hijo de *Pedro Páramo*, Juan Preciado, vive una experiencia poco común, llevándonos poco a poco al mundo de su propia fantasía. Rulfo nos va introduciendo progresivamente en ese mundo, primero presentándonos la incredulidad de Juan Preciado, para ir adentrándonos después en esa otra realidad que nos permite conocer un amplio panorama de la vida de Comala y de la Media Luna.

Juan Preciado comienza el relato afirmando que en su cabeza le bullen sueños e ilusiones, ruidos y voces (6).

Llega a Comala buscando recuerdos de su madre, ya que antes de morir le había dicho: “Encontrarás allí más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte”.

Pero lo que en un principio son recuerdos o sueños va convirtiéndose en algo real. La incredulidad va dejando paso al miedo, pues dialoga con fantasmas que conocieron a su madre y le dan detalles del pasado (7).

El mundo de Comala se va despertando como de un letargo, se va desentendiendo de la imaginación de Juan Preciado para cobrar vida propia, hasta el punto de arrebatarse la suya.

Juan Preciado deja de ser el protagonista para convertirse en una de las voces que hacen coro a Pedro Páramo y en torno del cual giran los atormentados seres de Comala.

(6) “...comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo”. “...mi cabeza venía llena de ruidos y de voces... Y aquí donde el aire era escaso, se oían mejor”.

(7) De la primera resistencia y de su abandono dan testimonio sus palabras “Yo creía que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí nada. Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar”.

Pedro Páramo es el dueño y señor de sus vidas y de sus almas, puede dejar morir al pueblo con sólo cruzarse de brazos y por si esto fuera poco convirete a Comala en lugar maldito, donde ni los muertos hallan descanso. Es “un rencor vivo”. Ni siquiera la Iglesia logra refrenar a este cacique que, junto con otros personajes de Rulfo, se aprovecha de la superstición para conseguir sus fines. ¿Se podría afirmar que Pedro Páramo es un nombre simbólico que alude a una tierra tan inhóspita como Luvina y de la que sería su lógico resultado?

Lo que sí es cierto es que mientras que el mundo de la fantasía se va haciendo cada vez más real, el mundo de los vivos se va desdibujando y convirtiéndose casi en una sombra. Si en un principio Juan Preciado dialoga con fantasmas, después se convierte en un diálogo de muertos que se comunican a través de sus tumbas, como contrapunto de los ecos que resuenan en las paredes de Comala.

En este punto Rulfo nos ha introducido ya de lleno en el mundo de su fantasía, tendiendo a provocar en el lector un clima interior en el que su creación actúe como algo real, despertando sus sentimientos, no su imaginación.

En este mundo el tiempo ya no tiene importancia y la vida y la muerte se confunden para resaltar la figura de Pedro Páramo y su paso por Comala.

Algunas personas creen que poseen la facultad de percibir objetos y sujetos del pasado, presente o futuro sin concurso de los sentidos. A veces se trata de un sueño, en otras ocasiones de una visión. Afirman que puede producirse bajo ciertas condiciones, aunque no poseen control sobre este fenómeno.

La parapsicología y la bioelectrónica han estudiado este fenómeno de la clarividencia. ¿A él alude Juan Preciado al decir: “Oía de vez en cuando el sonido de las palabras que había oído hasta entonces... no tenían ningún sonido, no sonaban, se sentían; pero sin sonido, como las que se oyen durante los sueños”?

¿Es una realidad, una alucinación, un sueño? El lector ha de decirlo. Muchos sueños de la humanidad se han convertido en realidad al cabo de los siglos, como nos lo demuestra el mito de Ícaro. La mayor o menor verosimilitud depende del lector.

Juan Rulfo se ha servido de una tradición como lo es la vida de ultratumba o la existencia de fantasmas, respetando incluso sus horas de aparición, las nocturnas, para crear un mundo real en cuanto a sus sentimientos y pasiones y como tal imperecedero, no sujeto ni al espacio ni al tiempo.

Ya lo dijo Hoffmann: "...tal vez consiga también convencer a mi lector de que nada hay de más fantástico y loco que la vida real y que el poeta se limita a recoger de ella un reflejo borroso, como en un espejo mal azogado".

Si el propósito de J. Rulfo al escribir su obra era, mediante ese espejo, darnos una imagen del mundo real mexicano y de sus propias experiencias, podemos decir que lo ha conseguido sobradamente.

PEQUEÑO COLOFÓN

El poder de sugestión de la obra de Rulfo radica, quizá, en la unión de fuerza y lirismo, en el tratamiento de ambientes indígenas de dolorida humanidad mediante técnicas narrativas vanguardistas. Su obra agrada a toda clase de públicos; el lector más tradicional encuentra reflejado en ella el mundo mejicano, la crítica social, temas con los que se identifica con facilidad; el lector de mayor refinamiento literario halla además las nuevas técnicas de narrar y un personalísimo estilo.

Al margen de las modas Rulfo ha creado dos obras, tan profundamente unidas que parecen una sola, de categoría universal, que constituye uno de los mayores logros de la reciente narrativa hispanoamericana. El cuento que cierra *El llano en llamas, Anacleto Morones*, es una especie de nexo entre esta obra y la novela *Pedro Páramo*; en ese cuento vemos aparecer en tono burlesco el tema y las figuras que se levantarán con toda su fuerza trágica en la novela: la búsqueda de la personalidad de un muerto, las viejas comadres, etc.

Rulfo es un escritor de muy variados matices. Hemos hablado de su fuerza trágica, pero también es importante en él el humor y la ironía; es un juego de contrarios que da nueva luz a su personalidad. Respecto a esta vena irónica, presente en bastantes detalles, destaca sobre todo el citado cuento *Anacleto Morones*; todo él tiene un aire de farsa, un aire teatral en el que no carece de importancia la presencia del "coro" representado por las viejas comadres. Anacleto Morones responde al tipo del embaucador, del mentiroso, un poco a la manera de Tartufo, al que un grupo de beatas pretende santificar; el final del cuento encierra una triple ironía: por una parte Francisca, una de las beatas, se queda a pasar la noche con Lucas Lucatero; por otra, la mujer revela la auténtica causa de su veneración por Anacleto ("*El sí que sabía hacer el amor*"); por otra, ayuda sin saberlo a enterrar mejor a su ídolo *el niño Anacleto*, le ayuda a hundirse en la tierra, cuando su propósito era elevarlo a alturas celestiales.

Hasta ahora, Juan Rulfo no ha tenido el tratamiento que merece en los manuales clásicos de literatura hispanoamericana. Hay críticos que lo ignoran —Alberto Zum Felde— y otros lo citan de pasada —Luis Alberto Sánchez. Pero cada vez van apareciendo más monografías —la mayor parte en revistas especializadas— sobre su personalidad y su obra, los influjos literarios que muestra, etc. de modo que una lista completa se hace ya imposible. También son muchos los críticos que colocan su obra entre las más importantes de la literatura hispanoamericana, al lado de Borges, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Lezama Lima, Alejo Carpentier, etc.

La calidad de Rulfo está ya fuera de duda y así lo reconocen hasta los que censuran el exceso de vanguardismo de Cortázar o Fuentes. La variedad de matices de su obra hace que se lea y se relea con gusto, y que, sea cual sea la estética personal del lector, siempre encuentre algo valioso. Entre sus admiradores los hay que prefieren los cuentos; los hay que prefieren la novela; los hay finalmente —y entre éstos nos contamos— que admiran la totalidad de su obra y esperan con impaciencia la aparición de un nuevo libro que continúe el ciclo narrativo de este gran autor.